



Laguna, A. y Martínez, F. *La Traca. La transgressió com a norma*. València: Universitat de València, 2016, 347 págs.

El trabajo que reseñamos viene a completar la necesaria recuperación de la memoria histórica de una cabecera excepcional de nuestro pasado, y aún más de una forma de entender el periodismo desde el irreductible inconformismo de la sátira. *La Traca* representa, casi ochenta años después de su desaparición, una de las publicaciones más célebres del periodismo valenciano, a lo largo de su longeva existencia desde finales del siglo XIX hasta su arrollador éxito con una difusión *cuasi* millonaria en el corazón de la II República española. Y abundamos en el visitado concepto que alude a la recuperación de la memoria extinta, porque constituye un ejemplo paradigmático de cómo el régimen franquista se esforzó sin contemplación y con una efectividad sin discusión,

por hacer caer en el olvido a aquella revista satírica que durante los años treinta vendía cerca de 100.000 ejemplares semanales y llegó a tirar de alguno de sus números cerca de medio millón de copias, convirtiéndose en un fenómeno editorial sin paragon, no ya en la Valencia republicana sino en el propio estado español.

La huella de *La Traca* y su espíritu “traquero” estaba presente en la prensa y en la cultura popular valenciana desde su fundación en 1884 donde, superando su azarosa existencia en forma de apariciones y desapariciones, de continuidad y distintas etapas, se materializó en diferentes publicaciones satíricas e impregnó de personajes, estereotipos y expresiones las referencias populares de la época. El franquismo, dentro de su gigantesca operación de extirpación y silenciamiento de esa España “desafecta” empezó por fusilar a su editor, Vicente Miguel Carceller, en Paterna en 1940. Pero más allá aún, consiguió con su implacable ejercicio de reescritura del pasado, hacer caer en el olvido a su obra más célebre, *La Traca*, hasta el punto de que su recuerdo llegó prácticamente a perderse. El hombre, ejecutado, y su legado, silenciado.

Este magnífico catálogo, *La Traca: la transgressió como a norma*, y la exposición que lo acompañó en la Universidad de Valencia es la culminación de un largo trabajo de exhumación y reivindicación de uno de los momentos insignes de nuestra memoria periodística, y son, Antonio Laguna Platero y Francesc Martínez Gallego, los más oportunos y necesarios autores. El propio Antonio Laguna fue el que con su imprescindible e iniciática *Historia del periodismo valenciano* editada en 1990, descubría el fenómeno de *La Traca*. Nos refería su fragmentada existencia a través de distintas épocas, desde 1884 con su fundación por Manuel Lluch, pasando por su reedición en 1909 ya con la figura de Carceller, para revelarnos, sobre todo, el prodigio editorial en los años 30 cuando se convirtió en una publicación nacional de un éxito sin precedentes en nuestro periodismo particular con esas cifras millonarias de ventas. Antonio Laguna, a su modo, también estaba haciendo historia, y no sólo del periodismo valenciano, olvidado hasta entonces y únicamente transitado por polvorientas aproximaciones

eruditas, poniendo las bases de un conocimiento que hasta nuestros días ha recuperado nuestra larga tradición periodística, por más que en los actuales tiempos de zozobra electrónica se cuestione o discuta su futuro.

En el tránsito por esa historia la colaboración con Francesc Martínez llegó pronto, y al conocimiento académico por la materia se unió la pasión por desentrañar el papel de los medios de comunicación en las sociedades contemporáneas. La contribución, esencial, más allá de la exhumación de cientos de cabeceras, portadas, autores, colaboradores, hechos..., fue asignarle una dimensión social, una pretensión global a ese conocimiento histórico, y en el proceso, mostrar interés por la comunicación en todos los ámbitos, por el periodismo en todas sus manifestaciones. De ese modo, la comunicación satírica, el periodismo humorístico, reducido a una anécdota, a unas breves líneas en muchos manuales por su equivocada ligereza y su aparente intrascendencia, pasaba a convertirse en objeto preferente de estudio por su influencia a veces inadvertida, en perjuicio del tradicional interés por la llamada prensa seria.

Pero *La Traca* no venía sola. En ella confluía una larga tradición del periodismo satírico valenciano, aunque ella lo moldeó, transformó y adaptó a los nuevos tiempos y posibilidades comunicativas del primer tercio del siglo XX. Los autores conocían el pasado del pasado, porque ellos mismo habían estudiado esos precedentes, esas experiencias previas que conformaban el fértil legado de la sátira valenciana, y sin las que Carceller o *La Traca* serían difíciles de entender o explicar en su integridad. Figuras como José María Bonilla, José Bernat i Baldoví, Wenceslao Aiguales de Izco, Constantí Llobart, y tantos otros; publicaciones como *El Mole*, *La Risa*, *El Farrago*, entre muchas más. Para ellos es la atención en una primera parte del trabajo que opera como prólogo inexcusable para entender la importancia de la sátira en la prensa valenciana.

La Traca y su autor son el crisol donde fraguan con un éxito definitivo las fórmulas y experiencias de un periodismo festivo, hedonista, provocador, irreverente, que otros autores con las limitaciones de la represión y la vigilancia gubernamental habían experimentado en

distintos momentos históricos. El concluyente colofón a este proceso acumulativo de conocimiento y aún más, la obra que enmarca este proyecto ha sido realizada por el propio Antonio Laguna en 2015 con su biografía de Vicente Miguel Carceller (*Carceller. El éxito trágico del editor de La Traca*), donde más allá de abundar en el análisis de su más célebre publicación, diseccionaba la vida del célebre editor, artífice de un exitoso negocio editorial que incluía publicaciones satíricas, eróticas –o como se decía en la época sicalípticas-, taurinas, falleras, etc. Algunas de esas aportaciones, de su trayectoria empresarial en el ámbito de la comunicación popular también sirven para enriquecer el análisis que se presenta.

La Traca, la transgressió como a norma, es un catálogo, porque en una parte es el complemento al esfuerzo de síntesis de la exposición que nos ha acompañado en la Universidad de Valencia y ha hecho posible el acercamiento a su fenómeno editorial. Pero, claro, es mucho más. No es simplemente una selección de imágenes que resumen el espíritu de un semanario que durante años hizo reír a los valencianos con desvergüenza, procacidad o ingenio. Es también una rigurosa obra académica, que compendia lo que fue nuestro periodismo satírico más relevante antes del protagonista escogido. Un trabajo que disecciona esa experiencia periodística desde las claves de su éxito, desde su vocación de transgresión y cuestionamiento del orden establecido. Esa extensa introducción que acompaña a las imprescindibles ilustraciones que revelan y aquilatan el sentido de cada una de las afirmaciones sobre la publicación y su hombre, representa propiamente una monografía histórica y no un simple acompañamiento forzado por las convenciones editoriales de este formato.

Aquí se extienden en hacer una disección ejemplar de la publicación, de sus características formales cambiantes, de las fórmulas periodísticas exitosas, y sobre todo del porqué una simple publicación satírica fue capaz de levantarse hasta dónde lo hizo.

Como ha dejado escrito el propio Laguna en su biografía de Carceller “La Traca es más que una cabecera o una publicación; es una forma de entender la vida a base de pólvora y fiesta; una forma de posicionarse

políticamente en un radicalismo de motín y barricada; una vida de recrear la vida de los de abajo, de los que apenas aparecen en la prensa diaria o las revistas si no es por motivos extraordinarios.”

Los autores desgranar las claves de la publicación; su naturaleza festiva que le llevaba a estar presente o a referenciar cualquier celebración o festejo de la ciudad de Valencia. Por tanto, su apuesta inequívoca por el entretenimiento y la diversión que llevaba al terreno de la gracia y del ingenio. Pero en este punto de partida se entretrejan toda una serie de claves esenciales a la hora de ejercitar el humor. Desde el irrenunciable republicanismo, forjado en la ferviente militancia blasquista por lo menos hasta la decepción de 1934, que llevaba implícito un acrisolado y virulento antimonarquismo que llevó a *La Traca* a protagonizar furibundas críticas a la monarquía de Alfonso XII, especialmente a partir de su caída en 1931. Implícitamente este posicionamiento contra la Monarquía se completaba por un no menos violento y recurrente anticlericalismo que afloró de manera brutal en los periodos que la legalidad no cercenaba sus contenidos. Uno de los estereotipos más populares es el de cura o el obispo orondo, lascivo e hipócrita que contradice todos los principios más básicos de su propio credo. Y la ideología se arrojaba de un sensacional recurso para seducir a los públicos más hambrientos de sensaciones, el erotismo. Explorado con audacia hasta que la Dictadura de Primo y su censura lo cercenó

y hubo que esperar que los nuevos tiempo permisivos de la República lo recuperaran, en muchas ocasiones, como hemos citado con una voluntad de crítica ideológica hacia una Iglesia identificada con todos los vicios morales que reprobaba.

Fórmulas de éxito de un gran editor como Carceller que no olvidaba la autopromoción constante de sus publicaciones con experiencias que la prensa sensacionalista más moderna practicaba en Estados Unidos o Gran Bretaña desde finales del siglo XIX, reconociendo su voluntad emprendedora diríamos hoy, su vocación mercantilista que no fue incompatible con su compromiso ideológico.

Esta determinación republicana de *La Traca* y de su editor Carceller, se mantuvo durante la guerra civil, donde la publicación manifiesta un inequívoco posicionamiento antifascista, materializado en las numerosas caricaturas de los militares sublevados, es especial de Queipo de Llano y sobre todo de Franco. Su futuro iba a quedar marcado por el final de la guerra. Expropiado de todos sus bienes, ejecutado por un pelotón de fusilamiento, y quizás la pena más atroz, condenado a la inexistencia frente a las futuras generaciones. Un silencio que sólo obras como esta pueden ayudar a remediar.

Enrique Bordería Ortiz
Universitat de València